

Reseña de Francisco, Andrés de (selección y prólogo), *Guerra y emancipación. Abraham Lincoln & Karl Marx*, Madrid, Capitán Swing Libros, 2013, 224 págs.

PRUDENCIO VIVEIRO MOGO

Consello da Cultura Galega
Santiago de Compostela, Galicia, España
pviveiro@hotmail.com

La historia está llena de paradojas. ¿Cómo podríamos interpretar –desde una perspectiva actual– el interés de Karl Marx por un presidente de los Estados Unidos? Y, sin embargo, Marx, como atento observador de la realidad que era, siguió de cerca los pasos de Abraham Lincoln y de su causa: la abolición de la esclavitud. Así se nos presenta la principal paradoja que nos encontramos en el libro *Guerra y emancipación. Lincoln & Marx*, en el cual se recogen los principales textos de ambos personajes en torno a los conflictos provocados por la esclavitud en los Estados Unidos y la guerra civil en este país.

Karl Marx publicó en el periódico vienés *Die Presse* una serie de artículos sobre la guerra civil norteamericana que aparecen ahora agrupados en este libro. Sabemos que los emigrados germano-americanos proporcionaron su apoyo a la causa del norte durante la guerra civil; mediante su correspondencia se mantenía informado Marx sobre los temas relacionados con el conflicto de la esclavitud. Señalaba Marx que: “Sin el caudal considerable de experiencia militar de los emigrados a América tras las convulsiones revolucionarias de 1848-1849, la organización de los ejércitos de la Unión hubiese requerido un plazo aún más largo” (pág. 172). Por otra parte, el volumen incluye también los principales discursos de Abraham Lincoln sobre la cuestión de la esclavitud en los Estados Unidos. La selección de los textos y el prólogo son responsabilidad de Andrés de Francisco, mientras que Robin Blackburn, profesor de la Universidad de Essex, escribe una introducción donde analiza las convergencias de ambos personajes, la principal de las cuales era la defensa del trabajo libre frente a la esclavitud. A modo de epílogo, en el libro se incluyen también las cartas intercambiadas entre Marx y Lincoln, en el caso del segundo a través del embajador norteamericano en Londres.

No obstante, la paradoja de la relación entre Marx y Lincoln no es la única que encontramos en este libro. Sabemos que Abraham Lincoln fue el primer presidente republicano de los Estados Unidos. La imagen que tenemos en la actualidad del Partido Republicano es la de una formación política defensora de los ideales conservadores y reaccionarios. Sin embargo, el nacimiento del Partido Republicano está íntimamente unido a la causa de la abolición de la esclavitud. En efecto, a mediados del siglo XIX eran los republicanos estadounidenses los que defendían abiertamente la necesidad de terminar con la esclavitud, mientras que el Partido Demócrata era el defensor de los intereses de los propietarios de esclavos. Así, la elección de Lincoln como presidente fue la chispa que prendió la secesión de los estados del sur. En una carta a Henry L. Pierce, fechada el 6 de abril de 1859, Lincoln explicaba la defensa que los demócratas hacían de la esclavitud:

“La democracia de hoy sostiene que la libertad de un hombre no es nada en absoluto cuando entre en conflicto con el derecho de propiedad de otro hombre. Los republicanos, por el contrario, están de parte tanto del hombre como del dólar, pero, en caso de conflicto entre uno y otro, anteponen al hombre” (pág. 74).

Como podemos comprobar, nada más lejos de los estereotipos que hoy tenemos a respecto de demócratas y republicanos en los Estados Unidos. Ya antes de la guerra civil americana, el

Partido Demócrata se había olvidado de Thomas Jefferson y del principio constitucional de la igualdad. En un breve espacio de tiempo se había convertido en el partido de la esclavitud, el partido defensor de los intereses de una minoría oligárquica de propietarios de esclavos. El Partido Republicano, por el contrario, recuperó los principios jeffersonianos y lideró a los partidarios de la abolición.

Continuando con las paradojas, la política abolicionista de Lincoln una vez que llegó a la presidencia fue errática y nada clara. ¿Por qué? Por las obligaciones de la guerra. En efecto, la necesidad que tenía el presidente de asegurar la fidelidad de los estados fronterizos como Maryland o Kentucky –estados esclavistas, pero partidarios de la Unión– lo obligó a retrasar su compromiso abolicionista. Karl Marx criticó esta situación y denunció que Lincoln estaba preso de lo que él denominaba “esclavistas legales”. A medida que la evolución de la guerra fue favoreciendo a las tropas federales, Lincoln pudo avanzar en su programa de abolición de la esclavitud. Es así como se explica la aprobación de la decimotercera enmienda de la Constitución, que puso final para siempre a la esclavitud en los Estados Unidos. Ahora bien, una cosa era que Lincoln defendiese la necesidad de liberar a los esclavos y otra, completamente diferente, era que estuviese a favor de concederles derechos políticos y ciudadanos. El presidente fue durante muchos años partidario de una política de colonización, es decir, favorecer que los esclavos pudiesen asentarse en África o en el Caribe.

No deja de ser también paradójico que en los años que precedieron a la elección de Lincoln como presidente puedan ser considerados como de avance de las tesis esclavistas, sobre todo en lo que toca a los territorios federales, verdadero campo de batalla entre los defensores y los detractores de la esclavitud. Así, en 1857 la sentencia del Tribunal Supremo referente al caso Dred Scott aseguraba el derecho de posesión de esclavos en cualquier punto del territorio de los Estados Unidos. Esta sentencia daba por terminados tanto el compromiso de Missouri (1820) y la ley Kansas-Nebraska (1854), que ya habían supuesto importantes concesiones a los partidarios de ampliar los territorios esclavistas.

En resumen, se reúnen en este libro tanto la literatura abolicionista de Abraham Lincoln como los trabajos periodísticos de Karl Marx sobre la guerra civil estadounidense y sus causas. Un volumen útil y práctico que recoge las convergencias de dos personajes capitales del siglo XIX, más allá de ideas preconcebidas y estereotipos, que tantas veces enturbian nuestra manera de percibir las cosas.